

12 DE ENERO, 1932. CASO DE ESQUIZOFRENIA PROGRESIVA (R. N.).



Sándor Ferenczi

(I) El primer shock se produjo a la edad de un año y medio (promesa de un adulto, pariente próximo, de “algo bueno”, y en lugar de esto, drogada y violada). En el momento de desvanecerse, repentina percepción de dolor, sentimiento de decepción y angustia totales, quizás también sentimiento temporario de la ineficacia de todo recurso a su propia voluntad, es decir, un sentimiento penoso de sugestibilidad. Persistencia de ese estado de semi-atontamiento, probablemente, en lo más profundo de ella, deseo de no vivir; sin embargo, bajo el efecto de sugerencias, continúa llevando la existencia normal de una colegiala, en otros términos, una doble vida artificial con una represión completa de sus propias tendencias y sentimientos.

(II) A la edad de cinco años, nueva agresión brutal, órganos genitales artificialmente dilatados, sugestión insistente de mostrarse sumisa respecto a los hombres; administración de tóxicos estimulantes. Más adelante (quizás bajó el efecto del shock reciente y de la tentativa de adaptación renovada) rememoración repentina de los sucesos del segundo año de vida, impulsión al suicidio, probablemente también sentimiento de morir (agonía) antes de que las acciones sugeridas fuesen realizadas. La enormidad del sufrimiento, la angustia, la ausencia de esperanza de toda ayuda exterior, impulsan hacia la muerte; pero después de la pérdida o del abandono del pensamiento consciente, los instintos vitales organizadores (“orfa”) se despiertan, ubicando la locura en el lugar de la muerte. (Estas mismas fuerzas “órficas” parecen haber estado ya presentes en la época del primer shock.) El resultado del segundo shock es una nueva “dislocación” de la individualidad. La persona está constituida en lo sucesivo por los fragmentos siguientes:

1) Un ser que sufre de una manera puramente psíquica en su inconsciente, el niño propiamente dicho, de quien el Yo que vigila no sabe nada. Este fragmento no es accesible más que en el sueño profundo, un trance profundo, después de un esfuerzo o un agotamiento excesivo, por lo tanto, en una crisis neurótica (histérica). El analista sólo puede entrar en contacto con esta parte, *el afecto reprimido puro*, con gran dificultad y respetando reglas de conducta absolutamente especiales. Esta parte se comporta como un niño desfalleciente que no sabe nada de sí mismo, que no hace más que gemir y al que es necesario auxiliar psíquicamente, a veces físicamente. Si no se hace esto con una creencia total en la realidad del proceso, toda la fuerza persuasiva y la eficacia del auxilio fallarán. Sin embargo, si el analista tiene esa convicción y, en consecuencia, los sentimientos de simpatía por la persona que sufre, se puede tener éxito en conducir, por medio de preguntas prudentes (que la impulsen a pensar), la fuerza de pensar y la orientación de este ser hasta el punto en que pueda hablar y recordar algo de las circunstancias del shock.

2) Un ser singular, para quien la conservación de la vida tiene una importancia “*coûte au coûte*”¹ (orfa). Este fragmento juega el papel de un ángel guardián, suscita alucinaciones de cumplimiento de deseos, fantasías de consuelo; anestesia la conciencia y la sensibilidad contra sensaciones que se hacen intolerables. En el caso del segundo shock, esta parte maternal sólo pudo ayudar expulsando toda vida psíquica fuera del cuerpo, sufriendo de manera inhumana.

3) Desde el segundo shock, nos encontramos con una tercera parte sin alma de la persona, es decir, el

1.-En francés en el texto: “cueste lo que cueste” (N del T).

cuerpo ahora sin alma, y cuya mutilación no es en absoluto percibida, o es considerada como algo que le ha ocurrido a otro ser, mirado desde afuera.

(III) El último gran shock vino a golpear a esta persona, ya escindida en tres partes, a la edad de once años y medio. A pesar de la precariedad de esta tripartición, se estableció una forma de adaptación a la situación aparentemente insoportable. Estar sometida a la hipnosis y al abuso sexual se convirtió en el esquema de su vida. Como si la repetición constante de un ritmo, por penoso que fuera, es decir, la facilitación de una vía, fuera suficiente para que lo penoso pareciera menos penoso. Pero también el sentimiento inconsciente de que detrás de la tortura por el adulto se ocultaban intenciones afectuosas, por deformadas que estuvieran, es decir, la percepción de elementos libidinales aun en el sadismo. Finalmente, el hecho de que el adulto observe y aprecie las realizaciones de la niña, etc.: la combinación de estos factores y de otros más, incompletamente revelados hasta ahora, han podido instaurar un estado de equilibrio, por precario que sea.

En esta situación, el abandono repentino de su verdugo le cayó como un rayo. El hecho de haber sido privada de toda espontaneidad hacía imposible una adaptación razonable, o incluso regocijarse con nuevas posibilidades. La situación se agravó entonces por cuanto el padre, antes de la separación, a modo de adiós se podría decir, maldijo a la niña, es decir, utilizó lo que le quedaba de influencia para imprimir indeleblemente en la niña la conciencia de su propia deshonra, de su falta de valor y de su abyección. Hasta la infatigable Orfa se volvió impotente, buscó incluso impulsar el suicidio, y cuando esto le fue impedido, la única forma de existencia que quedaba era la atomización completa de la vida psíquica. (Volverse completamente loca; estupor catatónico alternando periódicamente con el terror, alucinaciones y una confusión de impresiones mnésicas mezcladas de manera caótica que provenían del pasado.).

Esta erupción, a la manera de una corriente de lava, terminó por una “incineración” completa, una especie de ausencia de vida. La vida del cuerpo, sin embargo, forzada a la respiración y a la pulsación, evocó a Orfa que, en su desesperación, también se había hecho amiga de la muerte, y tuvo éxito, como por milagro, en resucitar a este ser dislocado hasta los átomos, es decir, crear una suerte de psique artificial para el cuerpo obligado a vivir. A primera vista, el “individuo” consiste en estas partes: (a) en superficie, un ser viviente capaz, activo, con un mecanismo bien, incluso demasiado bien ordenado, (b) detrás de éste, un ser que no quiere saber más nada de la vida, (c) detrás de este Yo asesinado, las cenizas de la enfermedad mental anterior, reavivadas cada noche por los fuegos del sufrimiento; (d) la enfermedad misma, como una masa afectiva separada, inconsciente y sin contenido, resto del ser humano propiamente dicho.

(Sandor Ferenczi. Diario Clínico. Editorial Conjeturales, 1984, p.30-33).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.